

## LOS AUTORES LATINOS REFLEXIONAN SOBRE SU PROPIA LENGUA

*Laura López de Vega  
Dolores H. Granados de Arena*

En este trabajo nos proponemos presentar una serie de reflexiones de autores latinos sobre su propia lengua para demostrar que esta inquietud que lleva a los lingüistas de hoy a poner la lengua como objeto de estudio es un asunto muy antiguo. La lengua ha sido un asunto preocupante para los autores antiguos que, intuitiva y rudimentariamente por cierto, han plasmado muchísimas observaciones sobre los distintos aspectos de la misma. Sin pretender ser exhaustivos en el tema, ofreceremos un *corpus* de testimonios del discurrir de los romanos sobre su lengua.

Los romanos reflexionaron sobre el valor de la herencia griega y reconocieron el papel de su literatura como modelo. Prueba de esto son las numerosísimas expresiones de autores latinos que se han mostrado orgullosos de ser continuadores de la literatura griega. Por ejemplo el poeta Horacio, en *Oda* III, 30 se vanagloria de "ser el primero en haber adaptado los versos eólicos a los metros itálicos"<sup>1</sup>. Virgilio, en la *Egloga* IV invoca a las Musas sicilianas, lo que evidenció su filiación con la

poesía de Teócrito, nacido en Siracusa, Magna Grecia. Plauto y Terencio en sus prólogos o en sus didascalias resaltan sus conexiones con Menandro, Filemón o Dífilo.

Pero también los poetas latinos reconocen su propio valor. El mismo Horacio, en la misma *Oda* III, 30, comienza afirmando: "He concluido un monumento más duradero que el bronce"<sup>2</sup>. Propertio que en *Elegía* IV, 1, 64, quiere que Umbría, patria del Calímaco romano (es decir él mismo ) se enorgullezca con sus libros, pronostica acerca de la *Eneida*: "Nace no sé qué más grande que la *Ilíada*"<sup>3</sup>. El epitafio que la tradición quiere que Plauto haya escrito sobre él mismo, implica una reflexión seria sobre el valor de su comedia y su propio manejo de los chistes y los ritmos:

Ahora que Plauto ha alcanzado la muerte,  
la Comedia está de luto, la escena está  
desierta, luego la risa, los chistes, los  
juegos y los innúmeros ritmos, todos han  
llorado al mismo tiempo<sup>4</sup>.

Existe entonces un espíritu crítico, un espíritu de observación en los escritores romanos que hace que conviertan en objeto de contemplación sus propias capacidades e incapacidades. Lo importante es el esfuerzo que hicieron por merecer y superar en la medida de lo posible lo heredado, esfuerzo que podría resumirse en el verso: "Nuestros poetas no dejaron nada sin intentar"<sup>5</sup>.

Su espíritu crítico los lleva también a reflexionar sobre la lengua que hablan y con la que escriben. César en su obra *De Analogía*, que no ha llegado hasta nosotros, decía -según testimonio que nos trae Varrón- que, como existieron dos ciudades con el mismo nombre, Alba, una en el Lacio y otra cerca del lago Fucino, "los romanos quisieron hacer distinción entre los habitantes de una y otra ciudad: a unos los llamaron

Albani y a los otros Albenses<sup>6</sup>.

El profesor Soria nos decía en sus clases que "era preocupación de los romanos compararse; entre los autores latinos es común encontrar confrontaciones de sus propias costumbres con las de otros pueblos. Interesa sobre todo la comparación con los griegos. Ellos quieren igualarse a los griegos, pero sabiéndose diferentes y queriendo mantenerse diferentes. De aquí nace el espíritu de emulación, el fenómeno universal de que la cultura es una tarea compartida".

Esta confrontación o intención de compararse con los griegos se da también en la lengua. Quintiliano recomienda que al niño debe instruírsele desde el comienzo en la lengua griega. En *Institutiones Oratoriae* I, 1, 12, nos dice: "Prefiero que el niño comience desde la lengua griega porque la latina, que es de uso de la mayoría nos empapa, aunque no lo queramos y al mismo tiempo debe ser instruido antes en las letras griegas de donde fluyeron las nuestras"<sup>7</sup>.

Sin embargo marca también algunos reparos: "No querría, con todo, que esto se hiciera tan escrupulosamente que el niño hablara y aprendiera sólo el griego. En efecto, de aquí dimanaban muchísimos defectos, ya de pronunciación, corrompida por un acento extranjero, ya de vocabulario"<sup>8</sup>.

Hay de parte de Quintiliano un reconocimiento de la superioridad del griego, pero al mismo tiempo existe en él la certeza de que el latín tiene recursos suficientes para contrarrestar esa superioridad. En el Libro XII, 36 se plantea este desaffo: "No podemos ser tan delicados (como los griegos): seamos más vigorosos; somos vencidos por su sutileza: cobremos fuerza por el peso de las palabras; ellos tienen una propiedad más segura en la lengua: superémoslos por la riqueza"<sup>9</sup>.

Este asunto de la riqueza de la lengua preocupó seriamente a los escritores romanos. La opinión común era naturalmente que la lengua griega era más rica que la latina y

así lo dice Cicerón en *Tusculanas* II, 15, 35,: "Los griegos aquellos cuya lengua es más rica que la nuestra"<sup>10</sup>. Pero un poco más adelante añade Cicerón que la lengua griega tiene una sola palabra *ponos* para significar: 'trabajo' y 'dolor'. En cambio los romanos marcan la diferencia. Termina su comentario con aquello tan conocido de: "¡Oh Grecia, a veces tan escasa de palabras, aunque tienes la pretensión de poseer tantas! Una cosa es sufrir, otra cosa es trabajar".

El mismo autor en *De Finibus* I, 3, 10, dice también: "Me doy cuenta y frecuentemente he dicho que la lengua latina no sólo no es pobre, como generalmente se piensa, sino que es más rica que la lengua griega"<sup>11</sup>. Esto mismo lo afirma en *De Finibus* III, 2, 5: "No nos vence la Grecia en abundancia de palabras sino por el contrario somos nosotros en esta parte superiores"<sup>12</sup>.

Estas dos opiniones que parecen contradictorias (la de *Tusc.* II, 15, 35 y las del *De Finibus*) no nos parece que revelen falta de firmeza en las convicciones de Cicerón, ni un patriotismo exagerado sino que él aceptaba la superioridad de la lengua griega sólo cuando se trataba de transmitir actividades intelectuales superiores, es decir, filosofía.

En Lucrecio encontramos reiteradamente la idea de que la lengua es un obstáculo para él; le resulta insuficiente para exponer un tema filosófico denso. En el libro I del *De Rerum Natura* afirma: "No se me escapa que es difícil ilustrar con versos latinos los difíciles descubrimientos de los griegos, sobre todo porque en muchos casos hay que trabajar con términos nuevos a causa de la pobreza de la lengua y de la variedad de los temas"<sup>13</sup>.

En I, 830-832 repite la idea: "Examinemos ahora lo que los griegos llaman la *homoeomería* de Anaxágoras y que la pobreza de la lengua materna no nos permite darle nombre en nuestro idioma"<sup>14</sup>. Lo que él llama "*patrii sermonis egestas*" parece obsesionarlo. En III, 260-261 encontramos: "Sin

quererlo yo, me obstaculiza la pobreza de la lengua materna, pero sin embargo, como pueda abordar el tema, lo tocaré sumariamente"<sup>15</sup>.

También Séneca manifiesta esa conciencia de la pobreza de la lengua. En *Epístola* 58, 1-2 manifiesta: "Nunca he comprendido mejor que hoy cuán grande es la pobreza, más aún, la escasez de nuestro vocabulario. Hablando ocasionalmente de Platón, nos encontramos con innumerables conceptos que reclamaban un término preciso y no lo tenían; otros en cambio, habiéndolo tenido, lo habían perdido por descuido nuestro. ¿Pero quién soportaría el descuido en medio de la escasez?"<sup>16</sup>.

Hacemos la salvedad de que Lucrecio y Séneca, como antes Cicerón, se quejan de la pobreza de la lengua en el momento de abordar temas filosóficos, para los que los romanos tenían una natural inhibición por su mentalidad concreta y práctica. Sin embargo, Cicerón en *De Natura Deorum*, escrito hacia el 45 a. C., reconoce los progresos que se han conseguido en la lengua. "Gran número de personas muy conocedoras de las enseñanzas griegas no habían podido compartir sus conocimientos con sus conciudadanos porque desconfiaban de su posibilidad de expresar en latín las enseñanzas que habían recibido de los griegos y ciertamente en este aspecto creo que hemos hecho tales progresos que ni siguiera en la riqueza de vocabulario somos superados por los griegos"<sup>17</sup>.

Los tres autores, Lucrecio, Séneca y Cicerón se resisten a transcribir sin más el término griego que expresa el pensamiento filosófico. Más que hablar griego en latín, Cicerón ambiciona en latín el equivalente de lo que le ofrece el griego. "Intentaré (me esforzaré por) hablar en latín"<sup>18</sup>. Para Séneca "el concepto filosófico a expresar debe ser designado por una palabra que tenga el valor y no el aspecto del griego"<sup>19</sup>.

Es evidente que hay una gran carencia de sustantivos

abstractos requeridos por la filosofía, explicable por el fondo rural de la lengua latina y la tendencia a la practicidad del carácter de los romanos. Es precisamente la conciencia de esa carencia, que -como dice Marouzeau- sólo podía ser sentida a partir de un cierto nivel de emancipación intelectual, lo que lleva a los autores a esforzarse por formarlos. Cicerón en *De Finibus* reclama con insistencia el derecho a los neologismos: "... si se concedió a los griegos... y fue lícito a los hombres doctos, cuando trataban de cosas no trilladas, usar de palabras insólitas, ¿cuánto más se nos debe conceder a nosotros que ahora por primera vez nos atrevemos a tocarlas?"<sup>20</sup>.

Cicerón mantuvo siempre un respeto escrupuloso para el latín. Cuando se decide a crear un término nuevo, procede de a poco, por aproximaciones sucesivas, y a veces recurriendo a perífrasis. Para lograr un equivalente del *pathos* griego, ensaya en *Brutus* XXIV, 93 *motusque omnis animi*: "todo movimiento del espíritu"; en *Tusculanas* IV, 4, 10 *quae Graeci pathē vocant, nobis perturbationes appellari magis quam morbos placet*: "lo que los griegos llaman *pathē* a nosotros nos complace que sean llamadas pasiones más que enfermedades". En *De Officiis* I, 27 dice: *omnis sedatio perturbationum animi*: "todo apaciguamiento de las pasiones del espíritu". Duda siempre de la propiedad del abstracto logrado con el sufijo *-itudo* y vacila entre *beatitudo* y *beatitas* "ya que ambas suenan fuerte, pero hemos de suavizar las palabras con el uso", dice en *De Natura Deorum* I, 34, 95. Busca la diferencia entre *anxietas* y *angor* (*Tusculanas* IV, XII, 27) y nunca parece conforme. Algunas de sus cartas a Ático son también escenario de discusiones sobre la acepción de la palabra de la que intenta un equivalente.

Las mismas inquietudes aparecen en Séneca, a pesar de lo cual es indiscutible que contribuyeron al enriquecimiento de la lengua filosófica. Es Cicerón quien ocupa el primer lugar en este enriquecimiento y él mismo lo considera así, de acuerdo

con el texto de *Brutus* LXXII, 253, en el cual pone en boca de uno de los interlocutores, Ático, el juicio de César sobre la labor de Cicerón: "tú has sido casi el primero y el descubridor de la abundancia (de la lengua)"<sup>21</sup>.

Jules Marouzeau en *Algunos aspectos de la formación del latín literario*, al analizar el paso de la indigencia original de la lengua, de la *patrii sermonis egestas* de la que se queja Lucrecio, a la *copia dicendi* de los autores clásicos, señala que, además de considerar factores de enriquecimiento exteriores como la influencia griega y la acción de la elocuencia asiática, no se debe pasar por alto lo que los latinos encontraron en su propia tradición, esto es, la riqueza de expresión en la lengua religiosa y jurídica. En la primera, las fórmulas de plegarias y de invocación forman una fraseología riquísima que se introduce en la literatura, en particular en los grandes géneros y de la que muy a menudo echan mano los oradores. La lengua jurídica, por la preocupación de distinguir, de analizar, de examinar, de probar, de aclarar, multiplica los términos, distingue los sentidos, matiza la expresión, busca la propiedad de las palabras. Y lo señala Quintiliano cuando en V, 14, 34 de sus *Instituciones* afirma: "... los jurisconsultos, cuyo mayor trabajo está alrededor de la propiedad de las palabras"<sup>22</sup>.

En algún momento, los escritores latinos hacen apreciaciones acerca de la pronunciación, aportando verdaderos testimonios para el conocimiento de la misma. Cicerón habla del juicio inapelable del oído en la correcta pronunciación cuando afirma en *Orator*, 150: "Aunque las sentencias sean agradables y fuertes, si se expresan con palabras desaliñadas, ofenderán los oídos, cuyo juicio es el más exigente. Y esto en verdad la lengua latina lo tiene en cuenta a tal punto que nadie hay tan rústico que no quiera unir los vocablos"<sup>23</sup>. Con *coniungere vocales* Cicerón expresa de manera insuficiente, con una expresión única, diferentes hechos: sinalefa, sinéresis y contracción.

Quintiliano, por otra parte, llama la atención sobre los finales de palabra en latín y los compara con el griego al que considera más eufónico<sup>24</sup>: "Nosotros cerramos (las palabras) con aquella letra *m*, casi mugiente, en la que ninguna palabra remata en griego; por el contrario ellos colocan en ese lugar, sobre todo la agradable *ny* tintineante por decirlo así, la cual entre nosotros es rarísima en las terminaciones". Cicerón insiste en aquello que suena mal al oído, verdadero juez en la elección de las palabras. En *Orator*, 163, cita un verso de autor desconocido: *finis frugifera et efferta arva Asia tenet* y lo califica como "verso viciado por una letra muy áspera": *versus inquinatus insuavissima littera*. La letra de desagradable sonido sería la *f*, con la que el autor ha buscado una aliteración que resultaba poco eufónica al oído de los romanos, según el juicio de Cicerón.

También Quintiliano habla del sonido desagradable de la *f*, cuyo modo de articulación describe de muy rudimentaria manera: "Pues también aquella letra *f*, que es la sexta de las nuestras, debe ser pronunciada por un sonido que no es propio de la voz humana o mejor dicho no tiene nada de ella, entre los intersticios de los dientes, cuando está seguida de una vocal en cierto modo se quiebra (pierde fuerza) y cada vez que choca con alguna de las consonantes, se vuelve mucho más áspera"<sup>25</sup>.

La tendencia a simplificar en una las dos vocales del diptongo era vista como un rasgo de rusticidad en la pronunciación. Lo atestigua Varrón en *De Lingua Latina* V, 97 cuando dice que en el campo o en la provincia la gente llama a los cabritos *hedi*, *non haedi* como en Roma. La anécdota que nos trae Suetonio en *Vida de los doce Césares* sobre el emperador Vespasiano, que pronunciaba *plostrum* en lugar de *plaustrum* demuestra que la tendencia a la simplificación del diptongo había penetrado en la pronunciación de la ciudad. Es un purista de la lengua el que se permite el atrevimiento de

corregir, en un banquete, la pronunciación del emperador. La anécdota termina en que Vespasiano se encuentra al día siguiente con el que se había atrevido a corregirle la plana, que se llamaba *Florus*, nombre con una *o* auténtica y lo saluda diciendo *salve Flaure*.

En el *De Oratore* III, 12, 42-45, Cicerón hace numerosas reflexiones sobre la pronunciación de la urbe, que se consideraba la mejor y la más digna de ser imitada: "... pero yo me refiero a la perfecta pronunciación... que así como entre los griegos es propia de los áticos, en la lengua latina es propia sobre todo de esta ciudad"<sup>26</sup>.

Se refiere a continuación a la pureza de la lengua que se preserva en la ciudad y hace una curiosa referencia a que las mujeres son más conservadoras en el uso de la lengua: "Teniendo pues los romanos de la ciudad una pronunciación suya, en la cual nada que ofenda, nada que desagrade, nada que suene o huela a extraño y anticuado pueda admitirse, imitémosla y no sólo huyamos de la rústica aspereza sino de las innovaciones extranjeras". "Cuando oigo a mi suegra Lelia (porque las mujeres conservan mejor la tradición antigua y como oyen y hablan a poca gente, retienen siempre lo primero que oyeron, me parece oír a Plauto o a Nevio; su pronunciación es recta y sencilla, sin rastro de ostentación o imitación..."<sup>27</sup>.

Los romanos reflexionaron también sobre el valor de los arcaísmos: *pervetusta verba o prisca vocabula* los llamaban. Tito Livio dice en *Ab urbe condita* 43, 13, 12: "Por lo demás también a mí que escribo hechos, no sé de qué manera la antigüedad vuelve mi espíritu antiguo"<sup>28</sup>.

Tal vez por eso, cuando describe los orígenes legendarios de Roma usa arcaísmos con prodigalidad, siendo él un autor clásico. Se esfuerza por conferir dignidad y un aire de distancia con respecto a su época mediante el uso de formas arcaicas.

Cicerón en *De Oratore* III, 201 cita el uso de arcaísmos

entre los tres medios a los que debe recurrir el orador en lo que concierne a palabras tomadas aisladamente: "en palabras aisladas... que usemos con frecuencia palabras tomadas metafóricamente, que a veces usemos palabras creadas (neologismos), que raramente usemos palabras arcaicas"<sup>29</sup>.

Ya en *De Oratore* III, 193 ha adelantado que en general el empleo de palabras arcaicas está permitido a los poetas más libremente que a los demás. El lirismo en su búsqueda sutil de expresión poética hace también alianzas con los arcaísmos que, como los nombres geográficos de países lejanos, tienen un sonido especial.

Los escritores romanos saben cuándo hacer uso de los arcaísmos. En Virgilio casi siempre aparecen dictados por el tema: en los discursos de Júpiter es el contexto majestuoso el que los avala. También en el libro VI de la *Eneida* cuando Eneas llega a la laguna Estigia, la Sibila habla dentro de un halo arcaico. Los arcaísmos aparecen en lugares apropiados para armonizar con el tema. Cicerón, por su parte, en *De Senectute* se permite un vocabulario filosófico-moral con expresiones arcaicas propias del viejo Catón que es el personaje principal. El mismo Catón usó en su obra arcaísmos como un recurso deliberado para proporcionar dignidad y solemnidad a su estilo, lo que revela reflexión sobre su propio uso de la lengua que se comprueba perfectamente cuando discute sobre la diferencia de sentido entre *festinare* y *properare* o distingue *falsarius* de *mendax* (*Origines* 11).

También buscan conscientemente el colorido arcaico los poetas que tienen en alta estima la poesía de Enio, por ejemplo Lucrecio, que usa genitivos de la primera declinación en *ai*; que dice *arbos* por *arbor*, que usa infinitivos pasivos en *ier*, etc.

A la inversa los *poetae novi* rechazan los arcaísmos y los consideran contrarios a la *elegantia* y la *urbanitas*, pero los admiten como tradición poética.

En resumen las palabras arcaicas tienen que dar su

lugar a las nuevas porque, como dice Horacio en la *Epístola a los Pisones*: "Como los bosques cambian de hojas de acuerdo con los años que declinan, y las primeras caen, así se extingue la etapa antigua de las palabras y florecen a la manera de las jóvenes, las nacidas hace poco y cobran vigor"<sup>30</sup>.

Hemos visto antes por el testimonio de Cicerón que se considera la lengua de la urbe como la más pura y correcta. El término *urbanitas*, aplicado a la lengua es definido por Varrón en *De Lingua Latina* I, 1 como *incorrupta loquendi observatio secundum Romanam linguam*: "la observación pura del hablar según la lengua de Roma", y por Quintiliano de esta manera: "Pues se llama urbanidad, con la que creo significar una lengua que, ya por las palabras, por la pronunciación, por la propiedad, lleva cierto sabor propio de la ciudad y una velada erudición sacada de la conversación de la gente culta, a la cual urbanidad es contraria la rusticidad"<sup>31</sup>. Más adelante agrega aquello tan conocido: "Según mi opinión la urbanidad es aquélla en la que nada malsonante, nada agreste, nada grosero, nada extraño ni por el sentido, ni por las palabras, ni por el gesto o el ademán pueda descubrirse"<sup>32</sup>.

Uno de los personajes de Plauto, curiosamente, destaca que la facilidad de palabra es privilegio de los habitantes de la ciudad. En *Truculentus* 682 nos dice: "*postquam in urbem crebro commeo, dicax sum*": "Luego que llego a la ciudad, con frecuencia me vuelvo hablador".

La idea de que Roma, a medida que afirma su expansión atrae a gentes de las provincias que traen consigo sus particularidades dialectales y, por consiguiente, deterioran la lengua urbana, la expresa Cicerón en *Brutus*, 75, 258: "Pero entonces casi todos los que no habían vivido fuera de Roma ni los había corrompido ninguna tosquedad doméstica, hablaban correctamente. Pero el tiempo deterioró esta calidad, no sólo en Roma sino también en Grecia. En efecto vinieron a Atenas y a esta ciudad desde diversos lugares muchos que hablaban

mal"<sup>33</sup>.

Los escritores reflexionan también sobre la importancia de la propiedad del lenguaje. A este respecto dice Cicerón en *De Oratore*: "Por lo tanto, usamos de las palabras que son propias, el nombre verdadero de las cosas, por así decir, nacidas casi con las cosas mismas... Es mérito del orador en el uso de las palabras propias que huya de las triviales y desusadas y se valga de términos elegidos y claros"<sup>34</sup>.

Quintiliano, por su parte, dice que el hecho de no encontrar en ocasiones la palabra propia, justa, lleva a cierto abuso de lo que los griegos llaman *catacresis*, uso de palabras en sentido figurado: "Muchas cosas no tienen un término propio en griego y en latín". En efecto, a la acción de arrojar un dardo (*iaculum*) se llama *iaculari*; la de arrojar una pelota o una estaca carece de denominación asignada y, como es manifiesto qué es *lapidare* (arrojar piedras), así la acción de arrojar terrones de tierra o pedazos de tejas no tiene nombre. De aquí que el abuso que se denomina *catacresis* sea necesario"<sup>35</sup>.

Quintiliano se refiere también al uso de los homónimos, cuya intelección puede no resultar clara: "... deben ser evitadas aquellas palabras que se llaman homónimas, por ejemplo *taurus* que, si no se explica, no se entenderá si es el animal, o un monte (en Licia) o una constelación, o un nombre de persona, o la raíz de un árbol"<sup>36</sup>. En todos los casos, la guía para hablar buen latín era el uso, que como dice Horacio en la *Epístola a los Pisones*, "es el árbitro, el juez y la norma suprema del hablar"<sup>37</sup>.

Querríamos terminar estos testimonios con la valoración de la facultad del lenguaje conferida al hombre que hace Cicerón en *De Natura Deorum*: "y ahora, la reina de las artes, la facultad del lenguaje, qué gloriosa y divina es: en primer lugar nos capacita para aprender lo que no sabemos y para enseñar a otros lo que conocemos; en segundo lugar, con ella exhortamos y persuadimos, con ella consolamos a los afligidos,

con ella apartamos del temor a los que tienen miedo, con ella ponemos freno a la pasión y aplacamos la concupiscencia y la ira; la facultad de la palabra es la que nos ha unido con los lazos de la justicia, de la ley y de la ciudad; nos ha apartado del salvajismo y la barbarie"<sup>38</sup>.

## Notas

\* Este trabajo fue presentado en el Congreso Nacional de Lingüística. Mendoza. 1993.

1 HORACIO. *Odas* III, 30, 10... 13-14: *Dicar.../ princeps Aeolium carmen ad Italos/deduxisse modos...*

2 HORACIO. *Odas* III, 30, 1: *Exegi monumentum aere perennius.*

3 PROPERCIO. *Elegías*, II, 34, 66: *Nescio quid maius nascitur Iliade.*

4 *Potsquam est mortem aptus Plautus, Comoedia luget scaena est deserta, dein Risus Ludus locusque et Numeri simul omnes conlacrimarunt.*

5 HORACIO. *Epistola ad Pisones*, 285: *Nil intemptatum nostri liquere poetae.*

6 CAESAR. *Analogia: Volentes Romani discretionem facere, istos Albanos dixerunt, illos Albenses.*

7 QUINTILIANO. *Institutiones Oratoriae* I, 1, 12: *A sermone Graeco puerum incipere malo, quia Latinum, qui pluribus in usu est, vel nobis nolentibus perbibet, simul quia disciplinis quoque Graecis prius instituendus est, unde et nostrae fluxerunt.*

8 QUINTILIANO. *Op. Cit.* I, 1, 13: *Non tamen hoc adeo superstitiose fieri velim, ut diu, tantum Graece loquatur aut discat... Hoc enim accidunt et oris plurima vitia in peregrinum sonum corrupti et sermonis.*

9 QUINTILIANO. *Op. Cit.* XII, 36: *Non possumus esse tam graciles: simus fortiores. Subtilitate vincimur: valeamus pondere. Proprietas penes illos est certior: copia vincamus.*

10 CICERÓN. *Tusculanas* II, 15, 35: *Graeci illi, quorum copiosior est lingua quam nostra: ... O verborum inops, interdum, quibus abundare te semper putas, Graecis! Aliud, inquam, est dolere, aliud laborare.*

11 CICERÓN. *De Finibus* I, 3, 10: *Sentio et saepe disserui, Latinam linguam non modo non inopem, ut vulgo putarent, sed locupletiozem etiam esse quam Graecam...*

12 CICERÓN. *De Finibus* III, 2, 5: *... nos non modo non vinci a Graecis verborum copia sed esse in ea etiam superiores.*

13 LUCRECIO. *De Rerum Natura* I, 136-139: *Nec me animi fallit Graiorum obscura reperta/difficile inlustrare Latinis versibus esse,/multa novis verbis praesertim cum sit agendum/propter egestatem linguae et rerum novitatem.*

14 LUCRECIO. *Op. Cit.* I, 830, 832: *Nunc et Anaxagorae scrutemur homoeomeriam/quam Grai memorant nec nostra dicere lingua/concedit nobis patrii sermonis egestas.*

15 LUCRECIO. *Op. Cit.* III, 260-261: *abstrahit invitum patrii sermonis egestas/sed tamen, ut potero summatim attingere, tangam.*

16 SENECA. *Epíst. a Lucilio* LVIII, 1-2: *Quanta verborum nobis paupertas, immo egestas sit, numquam magis quam hodierno die intellexi. Mille res inciderunt, cum forte de Platone loqueremur, quae nomina desiderarent nec haberent, quaedam vero, quae cum habuissent, fastidio nostro perdidissent. Quis autem ferat in egestate fastidium?*

17 CICERÓN, *De Natura Deorum* I, 3, 8: *Complures enim Graecis institutionibus eruditi ea quae didicerant cum civibus suis communicare non poterant, quod illa quae a Graecis accepissent Latine dici posse diffiderent: quo in genere tantum profecisse videmur ut a Graecis ne verborum quidem copia vinceremur.*

18 CICERÓN. *Tusculanas*. I, 8, 15: *Enitar ut Latine loquar:*

19 SENECA. *De Tranquillitate animi* II, 3: *... res ipsa de qua agitur aliquo signanda nomine est, quod appellationis Graece vim debet habere, non faciem.*

20 CICERÓN. *De Finibus* III, 2,4-5: *Quod si in ea lingua... concessum est ut doctissimi homines de rebus non pervagatis inusitatis verbis uterentur, quanto id nobis magis est concedendum qui ea nunc primum audemus attingere?*

21 CICERÓN. *Brutus* LXXII, 253: *te paene principem copiae atque inventorem.*

22 QUINTILIANO. *Op. Cit.* V, 14, 34: *... iurisconsulti quorum summus circa verborum proprietatem labor est...*

23 CICERÓN. *Orator*, 150: *Quamvis enim suaves gravesque sententiae, tamen, si inconditis verbis efferuntur, offendent aures, quarum est iudicium superbissimum. Quod quidem Latina lingua sic observat, nemo ut tam rusticus sit quin vocales nolit coniungere.*

24 QUINTILIANO, *Op. Cit.* XII, 31: *Nos illa quasi mugiente in littera claudimus, in quam nullum Graece verbum cadit; at illi ne iucundam et in fine praecipue quasi tinnientem illius loco ponunt, quae est apud nos rarissima in clausulis.*

25 QUINTILIANO. *Op. Cit.* XII, 10, 29: *Nam et illa, quae est sexta nostrarum, paene non humana voce vel omnino non voce potius inter discrimina dentium efflata est; quae, etiam cum vocalem proxima accipit, quassa quodammodo, utique quotiens aliquam consonantium frangit... multi fit horridior.*

26 CICERÓN. *De Oratore* III, 42: *Sed hanc dico suavitatem ... quae quidem ut apud Graecos Atticorum, sic in Latino sermone huius est urbis maxime propria.*

27 CICERÓN. *De Oratore* III, 44-45: *Quare cum sit quaedam certa vox Romani generis urbisque propria, in qua nihil offendi, nihil displicere, nihil animadverti possit, nihil sonare aut olere peregrinum, hanc sequamur, neque solum rusticum asperitatem sed etiam peregrinam insolentiam fugere discamus. Equidem cum audio socrum meam Laeliam --facilius enim mulieres incorruptam antiquitatem conservant, quod multorum sermonis expertes ea tenent semper quae prima didicerunt- sed eam sic audio, ut Plautum mihi aut Naevium videam audire; sono ipso vocis ita recto et simplici est, ut nihil ostentationis aut imitationis afferre videatur...*

28 TITO LIVIO. *Ab urbe condita* 43, 13, 12: *Ceterum et mihi vetustas res scribenti nescio quo pacto antiquus fit animus.*

29 CICERÓN. *De Oratore* III, 201: *... in singulis verbis ut tralatis utamur frequenter interdumque factis, raro autem etiam pervetustis.*

30 HORACIO. *Epist. Ad Pis.* 60-62: *Ut silvae foliis pronos mutantur in annos, / prima cadunt, ita verborum vetus interit aetas, / et iuvenum ritu florent modo nata vigentque.*

31 QUINTILIANO. *Op. Cit.* VI, 3, 17: *Nam et urbanitas dicitur, quae quidem significari video sermonem praeferentem in verbis et sono et usu proprium quendam gustum urbis et sumptam ex conversatione doctorum tacitam eruditionem... cui contraria sit rusticitas.*

32 QUINTILIANO. *Op. Cit.* VI, 3, 107. *Nam meo quidem iudicio illa est urbanitas, in qua nihil absonum, nihil agreste, nihil inconditum, nihil peregrinum neque sensu neque verbis neque ore gestive posse deprehendi.*

33 CICERÓN. *Brutus* 75, 258: *Sed omnes tum fere, qui nec extra urbem hanc vixerant neque eos aliqua barbaries domestica infuscaverat, recte loquebantur. Sed hanc certe rem deteriore[m] vetustas fecit et Romae et in Graecia. Confluxerunt enim et Athenas et in hanc urbem multi inquinat[e] loquentes ex diversis locis.*

34 CICERÓN. *De Oratore*, III, 149, 150: *Ergo utimur verbis quae propria sunt et certa quasi vocabula rerum, paene una nata cum rebus ipsis... In propriis est verbis laus oratoris, ut abiecta et obseleta fugiat, lectisque atque illustribus utatur...*

35 QUINTILIANO. *Op. Cit.* VIII, 2, 4-5. *Multa sunt et Graece et Latine non denominata. Nam et, qui iaculum emittit, iaculari dicitur, qui pilam aut sudem, appellatione privatim sibi adsignata caret; et ut lapidare quid sit, manifestum est, ita glebarum testarumque iactus, non habet nomen. Unde abusio, quae catajresis dicitur, necessaria.*

36 QUINTILIANO. *Op. Cit.* VII, II, 13: *... vitanda sunt ea verba quae homonyma vocantur ut taurus animal sit an mons an signum in coelo an nomen hominis an radix arboris nisi distinctum, non intelligetur.*

37 HORACIO. *Epist. Ad Pis.* 71-72: *usus /quem p[er]nes arbitrium est et ius et norma loquendi.*

38 CICERÓN. *De Natura Deorum* II, 148: *Iam vero domina rerum..., eloquendi vis, quam est praeclara quamque divina! quae primun[de] efficit ut et ea quae ignoramus discere et ea quae scimus alios docere possimus; deinde hac cohortamur, hac persuademus, hac consolamur afflictos, hac deducimus perterritos a timore, hac gestientes comprimimus, hac cupiditates iracundiasque restinguimus, haec nos iuris legum urbium societate devinxit, haec a vita inmani et fera segregavit.*